

**XVII Sínodo ordinario de la Orden Cisterciense
Roma, 2-6 de Julio de 2012**

Relación del Abad General sobre el estado de la Orden

Reflexiones conclusivas

**“La comunidad como lugar de formación humana y monástica.
Papel de los superiores, de los formadores y de la comunidad”**

Después de todo lo que he buscado exponeros sobre la vida y el estado de la Orden, quisiera tratar algunas reflexiones conclusivas directamente sobre el tema que el Consejo del Abad General ha propuesto profundizar durante este Sínodo. Confieso que no he encontrado el tiempo y las fuerzas para consultar a todas las Congregaciones y Comunidades que dependen provisionalmente o de forma estable del Abad General, pero creo que lo que he visto y oído durante mis viajes, en los encuentros con los superiores, las comunidades y las personas en particular, haciendo varias Visitas regulares y canónicas, en los encuentros en los noviciados o visitando las casas de formación, observando la vida y los problemas de la Casa General y del Colegio San Bernardo, o acompañando el último Curso de Formación Monástica, creo que todo esto puede bastar para dar fundamento a lo que deseo comunicaros y discutir con vosotros en estos días, escuchando vuestras relaciones.

La formación, un problema crucial

Cuanto más visito las comunidades más me doy cuenta de que el problema de la formación es el problema crucial de nuestra Orden (y de toda la Iglesia). Y esto en toda latitud, en todo continente, cultura, sea que haya muchas vocaciones o pocas. Por todas partes percibo una incomodidad, una falta de serenidad y claridad para vivir la vocación, una falta de equilibrio. Tengo la impresión de que casi en todas partes se hacen grandes esfuerzos para la formación, pero que no conducen a las personas a la madurez, que no le hacen crecer en su capacidad de amar y entregar el don de su vida con responsabilidad. El proyecto personal, individual, egoísta, parece prevalecer sobre el proyecto comunitario, sobre el proyecto del carisma cisterciense, sobre el proyecto de Dios. Y esto no tanto por la falta de rectitud u honestidad, sino más bien por miedo, un miedo que desconfía, que no tiene confianza en el camino de nuestra vocación, en que el seguimiento de Cristo según nuestro carisma pueda garantizar verdaderamente una plenitud de vida.

Pero a menudo los jóvenes más puros y honestos, o más sencillos, viven esta situación con tristeza y dolor, pero también con rabia, porque ven que no se responde al deseo que Dios ha suscitado en ellos llamándolos, y se hacen perder sus preciosos años de crecimiento humano y espiritual. Piden paternidad, piden guía, acompañamiento, pero no lo reciben. En el mejor de los casos reciben solo formación teórica, formal, pero no se sienten acompañados por personas que dan su vida por ellos, para generarlos en Cristo. Piden padres, maestros, y reciben adiestradores y

profesores que no toman con ellos el riesgo de una relación desinteresada, gratuita, sin proyectos personales, dispuesta a escuchar y descubrir juntos el proyecto de Dios sobre cada uno.

El designio de Dios

La primera pregunta que surge es la de si estamos verdaderamente conscientes del proyecto de Dios sobre nuestra Orden, sobre nuestras comunidades. A veces tengo la impresión que ni siquiera tenemos conciencia de que exista una vocación propia para nuestra Orden, propia para nuestras comunidades, incluso en la diversidad de las observancias y de los trabajos asumidos. Es como si las comunidades fuesen como clubs donde se entra para realizar una vocación personal de la que la comunidad y los superiores deben ser solo los funcionarios, y después, si se nos despega se considera que no sirven ya para nuestro proyecto.

Sin embargo, cuando se es consciente de que en toda vocación lo más importante es el proyecto de Dios, el designio de Dios, está claro que esto no depende solo de nosotros, que no podemos realizarlo según nuestras ideas y nuestras comodidades, y que se necesita durante toda la vida de una compañía de personas, los superiores y las comunidades, para acoger, entender, vivir esta vocación y crecer responsablemente en ella.

Cuando el sacerdote Elí entiende que el pequeño Samuel es llamado por Dios, no le dice: "Ahora te explico yo lo que te dice Dios", y ni siquiera "Intenta entender por ti mismo lo que Dios quiere de ti". Sabe que ni él ni Samuel pueden inventar la llamada de Dios. Sin embargo, le ayuda a pedir a Dios con humildad que le revele este misterio, que le aclare esta llamada: "Elí dijo a Samuel: 'Vuelve a acostarte y si te llama le dirás: ¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!' " (1 Sam 3,9).

Así es como se acompaña y forma en un camino vocacional, con todo el respeto a la libertad de quien es llamado, y también a la libertad de Dios. Quien acompaña debe ponerse humildemente ante el misterio de Dios que llama y habla, y ayudar a quien es llamado a acoger en el silencio, en la oración, la manifestación de Dios en su vida. Pero esto solo se puede hacer si quien acompaña vive este planteamiento para sí mismo, para el misterio de su vocación, si es él el primero que pide a Dios que se manifieste para revelarles el sentido de su vida, y si es él el primero que se deja acompañar y sigue.

Cuando se tiene el sentido de la vocación, el sentido de Dios que llama, de Cristo que nos llama a seguirlo, y se lo cultiva constantemente, se entiende que la necesidad de formación es constante, que es una necesidad constante de profundización, de seguimiento y, sobre todo, de conversión. Este es el sentido de la vocación que anima toda la Regla de San Benito, y nuestra profesión monástica según la Regla expresa justamente esta concepción de la vocación. Para que permanezca viva, tenemos necesidad de estabilidad en una comunidad, de una vida siempre dirigida a la conversión monástica, y de obediencia a los demás más que a nosotros mismos (cfr. RB 58,17).

Sin conversión continua en obediencia y pertenencia a la comunidad, no podemos permanecer fieles a nuestra vocación, no seguimos a Cristo y no recibimos la alegría que Él nos promete.

Esta conciencia debería determinar todo el enfoque de la formación en nuestros monasterios.

En la fuente de nuestro carisma

Todo esto presupone una opción fundamental: la de la vida monástica según el carisma y la regla de san Benito. No es problema que existan diversas observancias y diferentes acentos en la vivencia de este carisma, pero si falta como fundamento de todo la opción por la vida monástica cenobítica según san Benito, no existe ya para nosotros un criterio de formación adecuado.

San Benito nos transmite el carisma y el deber de formar para una vida de comunión con Dios y con los hermanos que da plenitud cristiana a nuestra humanidad. Esta plenitud de humanidad verdadera es lo que constituye nuestra misión en la Iglesia y en el mundo. Si no formamos para esto, ¿para qué formamos?

San Benito describe claramente todos los criterios y medios de formación válidos para todos. Pero a veces tengo la impresión de que el carisma de san Benito, que está en el corazón del carisma cisterciense, sea extraño o abstracto en nuestros monasterios y en la vida de tantos monjes y monjas de la Orden. Hay un gran trabajo por hacer, sobre todo por parte de los superiores y formadores, y en las comunidades.

Pero, sin embargo, veo que cuando se vuelve a aquel carisma, cuando se comenta y estudia la Regla como guía de vida humana y cristiana, es como si rápidamente ardiese el corazón en el pecho de las comunidades y de sus miembros, sobre todo en los jóvenes. Me ha sorprendido cómo la pequeña serie de capítulos sobre la Regla, que hice en el CFM del año pasado, ha tenido resonancia en muchas comunidades. He visto que existe una sed de reorientar nuestra vida sobre las trazas siempre vivas de aquel carisma, que es también quizá el más necesario para el hombre de hoy, desorientado en el modo de vivir la propia humanidad en todos sus aspectos, y que vuelve a ser sensible a Cristo como “Redentor del hombre”, como Maestro y Guía de verdadera humanidad.

Del *Kronos* al *Kairos* de Cristo Maestro de vida

Pensando últimamente en cómo es formulada la formación en muchos monasterios, me venía a la cabeza el mito de Kronos que se come a sus hijos. No tanto, como Kronos, por miedo a ser destronado por ellos, sino porque a menudo se tiene la impresión de que las comunidades y los superiores no saben verdaderamente qué proponer a sus hijos y entonces afrontan su formación intelectual, su emancipación del noviciado, del monasterio, su asumir responsabilidad y trabajos, sus salidas al extranjero para estudiar, y así, más que devorarles como Kronos, no les permiten ni

siquiera nacer, de dar los primeros pasos, de enraizarse en la comunidad, en su nueva vocación. Algunos monasterios lamentan a este propósito que las exigencias de formación pedidas por la Orden no corresponden a su ritmo y a sus fuerzas.

En lugar de Kronos debemos proponer Kairos, y el Kairos cristiano, el encuentro y la relación con el misterio de Cristo, del Verbo hecho carne. La formación monástica debe ser una escuela de la relación preferencial con Cristo. Cuando se pone a Cristo en el centro, y se enseña la relación con Él, Él mismo se convierte en Maestro.

“No antepongan nada absolutamente a Cristo; y ¡Él nos conduzca a todos juntos a la vida eterna! – *Christo omnino nihil praeponant, qui nos pariter ad vitam aeternam perducant!*” (72,11-12). En esta última frase del capítulo 72 de la Regla está sintetizado el método educativo del monacato benedictino y cisterciense. Somos formados si somos guiados, conducidos, a la vida eterna, a la plenitud de nuestra vida, una plenitud que es comunión. Y esta guía no puede ser otra que la de Cristo mismo que se convierte en nuestro Padre y Maestro si lo preferimos, si lo amamos sobre todas las cosas, si lo elegimos más que cualquier otra cosa.

Y aquí se nos da enseguida la respuesta al tema del Sínodo. ¿Cuál es el papel de los superiores, de los formadores y de la comunidad? Es precisamente el de asegurarnos la guía de Cristo a la plenitud de la vida, que es una plenitud de comunión en Él con nuestros hermanos y hermanas. Para san Benito, el papel del abad, de los superiores, es la representación de Cristo, con el ejemplo y la enseñanza (cfr. RB 2,2.11-12); el maestro de novicios debe saber ganar las almas, representando al único que ha “ganado” todas las almas, el Redentor (cfr. RB 58,6-16); la comunidad en su conjunto es la verdadera “*Dominici schola servitii* – la escuela del servicio del Señor” (RB Prol. 45).

No hay formación en los monasterios si faltan estos elementos, si la formación no es obrada por la sinergia de estos elementos: Dios, los superiores y la comunidad. Estos elementos son esencialmente personales, no pueden ser sustituidos por programas, cursos, libros, institutos de formación. Como máximo pueden ser temporalmente reemplazados por otros superiores y otras comunidades, pero como entidad de formación personal, relacional, no deberían nunca faltar, tanto para la formación inicial como para la formación permanente.

Cierto, no basta un abad, un maestro, una comunidad para asegurar que la formación sea la de Cristo que conduce a la vida eterna. Es necesario que los superiores y las comunidades estén primeramente animados y constantemente formados por la relación con el Señor, por la escucha de su Palabra, por la obediencia a su deseo de amor y comunión, y de redención del mundo.

Cuando se da esto, se forma y se forma bien, incluso si no se consigue dar todos los cursos e instrumentos necesarios. La teoría siempre se puede recuperar, pero aquello que se aprende de los libros no sirve para nada si no existe un fondo de formación humana y monástica en una relación viva con Cristo y en Cristo.

Esto quiere decir que la formación en el monasterio tiene dos aspectos esenciales: la comunión con Dios y la comunión fraterna. Se forma con Cristo y en Cristo si se forma a la oración y a la caridad, si se forma la relación filial con Dios y la relación fraterna con los hermanos de la comunidad.

Pensemos en la formación de Jesús a los apóstoles: durante tres años Jesús ha sido para los discípulos que lo seguían de cerca, un Maestro de oración y de caridad. Antes que con la palabra, viviendo con ellos y en medio de ellos estas dimensiones. Es significativo, por ejemplo, el cómo Jesús haya llegado a enseñarles el “Padre nuestro”. Sobre todo tenía él la oración. Se levantaba para orar al Padre. Solo viéndole orar nació en los discípulos la petición de una enseñanza: “¡Señor, enséñanos a orar!” (Lc 11,1). La enseñanza de Cristo es la comunicación de algo que era vital para Él y que Él no podía dejar de testimoniar y transmitir a aquellos que amaba. Lo mismo para la caridad fraterna, para el don de la vida a los demás: antes de hablar de ello, Jesús lo ha vivido. El icono esencial es el lavatorio de los pies: primero vive el gesto con todo su ser, después da la enseñanza. Y no tanto porque sean excelentes cristianos, no porque sean discípulos ejemplares y coherentes, sino por transmitir su alegría de amar, de dar la vida, por lo tanto, por amor de nuestra verdadera felicidad: “Sabiedo estas cosas, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica.” (Jn 13,17)

Caminar desde la compasión de Cristo

La mayor parte de los superiores desea realmente poder realizar mejor su trabajo, pero no sabe cómo. Como lo decía el año pasado en el Curso para los superiores, muchos son como padres sin padres, pastores perdidos, formadores no formados (cfr. www.ocist.org *Conferenze Abate Generale*, 2011.09.27 Conferencia para el Curso de Nuevos superiores). Si con frecuencia nuestras comunidades son comunidades de “ovejas perdidas, sin pastor” es porque son comunidades de “ovejas de pastores perdidos”.

“Al ver la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban agraviados y abatidos como ovejas que no tienen pastor.” (Mt 9,36)

Esta frase de Jesús nos ayuda a situar el aspecto negativo de la situación dentro de la positividad de su mirada sobre la misma, que es una mirada de misericordia, una mirada que no condena esta situación de miseria, sino que actúa al contrario, tomándola como punto de partida para caminar basándose en la misericordia de Cristo.

Pero cuál es el trabajo que permite a Cristo renovar nuestras vidas, nuestras comunidades. Ciertamente, no es el trabajo de nuestra voluntad y fuerza, porque vemos que siempre es impotente y falla. El trabajo que permite al amor de Cristo redimirnos y renovarnos es el de la conversión a la oración, es decir, el empeño de pedir verdaderamente a Cristo nuestro cambio. No puede haber novedad en nosotros y en nuestras comunidades si no tenemos la humildad de reconocer que lo que salva a las ovejas y a los pastores de la dispersión que cansa y extenua es la compasión, la misericordia con la que Jesús no mira y quiere salvarnos.

Antes de pensar en medidas para corregir y reformar la vida de nuestras comunidades, es importante levantar los ojos hacia el Rostro del Señor para contemplar su mirada sobre nosotros, sobre cada uno de nosotros sin excepción y ver en ello la compasión de su Corazón y su deseo de darnos una vida nueva, un nuevo amor entre nosotros, y un camino guiado por pastores buenos que nos conduzcan a todos juntos a la vida eterna, a aquella plenitud de vida y de felicidad que nos ha prometido un día llamándonos en su seguimiento más de cerca en la vida monástica.

Nunca se puede avanzar si no se camina desde Cristo, desde su amor, y de la necesidad de nuestra miseria de ser salvada por su Misericordia. Por esto, el momento que viven tantas comunidades de nuestra Orden puede ser verdaderamente un tiempo de gracia, de vivir con fe y humildad. Dios hace siempre milagros con cada miseria que acepta fiarse de su compasión misericordiosa.

“Os daré pastores según mi corazón”

Cuando Jesús ve la miseria de la muchedumbre pide a sus discípulos orar “al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9,38). En el contexto se entiende que estos obreros son precisamente los pastores de los que las ovejas dispersas tienen necesidad para encontrar unidad, salud, alimento, protección, guía y felicidad. Los pastores son, de este modo, la expresión de la compasión de Cristo, y de su deseo de dar a todos una plenitud de vida.

“Os daré pastores según mi corazón”, dice el Señor a través del profeta Jeremías (3,15). Cristo nos ama dándonos pastores, padres, maestros, guías en el camino de la vida. Y esto don debe ser pedido y acogido con fidelidad y obediencia tanto por parte de los pastores como por parte de las ovejas a ellos confiadas. Es Dios el que forma y da, siempre de nuevo, los pastores adecuados para nuestras comunidades, y debemos ayudarnos a acoger esta gracia, también si esto quiere decir que un pastor debe convertirse en su actitud en los encuentros de su ministerio y de su comunidad. Al contrario, esta conversión debe ser de todos y constante, porque Dios no da este don solamente en el momento de elegir o bendecir un abad y una abadesa, sino dando al pastor la gracia de convertirse constantemente al don que es y debe ser para acompañar su comunidad y cada uno de sus hermanos y hermanas. La Orden debería ser una ayuda en esto, una ayuda de amistad, de compañía entre pastores, que permita examinar constantemente el modo de conducir al rebaño, de formarlo, y, así, de entender cuándo y cómo es importante cambiar, convertirse, con humildad y fe en el Espíritu Santo. Creo que, sobre todo, el Abad General debe servir para esto, pero también el Capítulo General y los demás instrumentos de unidad y gobierno de la Orden. Y creo que desde esta óptica es desde donde debemos reflexionar sobre eventuales reformas de nuestras Constituciones.

Desde hace 17 años se reúne un grupo de superiores y superiores que pueden expresarse en francés. Una decena de los superiores que, pienso que de esto nos hablará Dom Vladimir, cada año se encuentra para trabajar sobre un tema importante

para la vida de nuestras comunidades y, sobre todo, se encuentra para profundizar en la amistad y diálogo que les ayude a cada uno a compartir su camino pastoral y comunitario. Ha habido quien temía que este grupo fuese un grupo de presión y de poder. En realidad no fue nunca el poder lo que nos hizo reunirnos (por otra parte, ¿qué poder?), sino el deseo y la necesidad de una ayuda fraterna para responder al desafío pastoral y formativo que cada comunidad supone para el superior.

Ahora veo que por todas partes existe esta necesidad y constato, en efecto, que allí donde a nivel de las Congregaciones, o a nivel de la afinidad lingüística o nacional, hay algo parecido, se avanza mejor, y la fragilidad y miserias no son la última palabra.

También el Curso de Formación para los superiores, del que hablaremos durante este Sínodo, debería servir para esto, y pienso que es algo muy urgente y necesario para todos los superiores de la Orden.

Creo que la formación y el sostenimiento de los superiores es una opción prioritaria, preferencial, que estamos llamados a emprender. De otra forma, todos los demás esfuerzos de formación para los jóvenes, de formación permanente de las comunidades, etc., no podrán dar fruto para la comunidad.

Despertar la ofrenda al Espíritu

Quisiera terminar diciendo que a pesar de todos los aspectos de fragilidad, de miseria humana y de infidelidad que encuentro por todas partes y, ante todo, en mí mismo, por todas partes descubro signos de esperanza. Y en ocasiones allí donde todo parece en ruina.

Cierto, muchos árboles y campos parecen reducidos a pequeñas semillas de mostaza, y, por añadidura, en semillas que están muriendo, marchitas por tierra. Puede ser el final; puede ser un nuevo comienzo. Puede ser, y es, el fin de una fecundidad numérica en la que las comunidades tenían fuerza, poder, belleza, eficacia. Puede ser el inicio de una nueva fecundidad, más humilde, más esencial, que solo Dios conoce y da.

Me admira cada vez más. A veces llego a comunidades cuya situación es catastrófica, en las que domina la división, la negligencia, la infidelidad y la corrupción. Se tendrían ganas de cerrar todo. Y después, de repente, también frente a los límites de mi paciencia, encuentro que alguno dice sí, que el superior o la superiora, o toda la comunidad, dicen: “Es verdad, estamos mal, somos un desastre, y con nuestras fuerzas no cambiaremos jamás, siempre iremos a peor. Pero deseamos cambiar, deseamos ser ayudados, deseamos que Dios nos ayude a vivir con verdad y alegría nuestra vocación”.

En aquel momento está claro que todo cambia, que la comunidad catastrófica se convierte en una comunidad que va bien. No una comunidad que *está* bien, sino que *va* bien, es decir, que inicia un buen camino. Es probable que caerá todavía y que el año próximo se encontrará con los mismos problemas. Pero hay un camino que inicia y de repente se percibe que la misericordia de Cristo está ya libre para actuar, que el

Espíritu Santo puede soplar y llevar a cabo sus milagros de conversión a una vida nueva.

San Pablo escribe a los Romanos una cosa que me ha hecho reflexionar mucho. Está hablando de su ministerio de evangelización de los paganos y de la gracia que ha recibido por esto: “en virtud de la gracia que me ha sido otorgada por Dios de ser para los gentiles ministro de Cristo Jesús, ejerciendo el sagrado oficio de anunciar el evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo” (Rm 15,15c-16)

En nuestro ministerio, y también en la formación que debemos asumir y promover en nuestras comunidades, lo importante es este acto de fe en la gracia, dada a nosotros y a los demás, la gracia que permite que el anuncio del Evangelio lleve la libertad de las personas a entregarse y convertirse en ofrenda, es decir, en apertura y disponibilidad ante Dios. Entonces, el Espíritu Santo puede santificar, puede transformar la ofrenda del corazón.

Debemos ayudarnos en esto. La formación debe comenzar y caminar desde aquí, de modo que el Formador pueda ser, sobre todo, el Espíritu Santo que nos conforma a Cristo, Hijo del Padre.

Ayudarnos quiere decir, ante todo, evangelizarnos los unos a los otros, anunciarnos el Evangelio de Cristo los unos a los otros, como hacían admirablemente los primeros Padres y Madres cistercienses, y llevar este anuncio especialmente a las comunidades, a los hermanos y hermanas, más alejados de esta libertad de ofrenda al Espíritu Santo, que abre al cambio, a la vida, a la alegría.

El problema de la formación no es ante todo organizativo y formal. Es necesario también este aspecto, pero no basta. La organización se hace pronto, con un poco de esfuerzo y de buena voluntad. Por otra parte, existen cursos, textos, se encuentran medios. Lo que falta a menudo es el alma de la formación, y este alma es una gracia de anuncio de Cristo, del Evangelio, que interpele la libertad de los corazones y los abra a ofrecerse al Soplo y al Fuego de Dios.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist